Núm. 1. *SEGUNDA SERIE.* ENERO 26 DE 1840.

La Redaccion y administracion se hallan establecidas en la plazuela del Angel, núm. 24, cuarto segundo.

LA ESPERANZA,

PERIÓDICO DE LITERATURA.

Se suscribe en Madrid en la librería de Cuesta, frente á las covachuelas, y en la estamperia de Valle, calle de Carretas.

ADVERTENCIA.

—

Con este número empieza la segunda série de este periódico, el que tambien desde hoy ha variado de empresa y redaccion. Con el objeto de hacerle en lo sucesivo mas ameno y digno de sus numerosos favorecedores, han proyectado los nuevos empresarios hacer en él mejoras considerables, tanto en la parte tipográfica, como en la eleccion de artículos y novelas.

Se ha creido conveniente, mas como ventaja para los suscritores que económico para la empresa, suprimir las estampas grabadas, dando en su lugar una litografiada cada mes, de uno de nuestros mas acreditados artistas, representando escenas de costumbres nacionales, caricaturas, &c.

Tales mejoras, sin embargo, no pueden plantearse atendido el ínfimo precio á que hasta ahora se ha espendido este periódico: por lo tanto, se ha creido conveniente aumentar el precio de suscricion, que será en adelante en Madrid el de 4 reales vellon cada mes por solo el periódico y estampa; y en las provincias el de 14 reales vellon cada trimestre. La suscricion de las novelas no sufre alteracion. Los que quisieren adquirir estas sin el periódico, podrán hacerlo á razon de 3 reales por entrega.

Estas novelas, de las que se dará una entrega por mes, escogidas entre las mejores de Balzac, Soulié, Dumas, Sand y otros autores de conocida reputacion, serán traducidas é impresas con esmero, y se entregarán á los suscritores con exacta puntualidad con el último número de cada mes.

La estampa no tendrá dia de fija reparticion, por cuanto no queremos, por dar cumplimiento á nuestra promesa, precipitar la estampacion en perjuicio de nuestros mismos suscritores; pero infaliblemente se publicará una todos los meses.

Nota. *El aumento de precio no se entiende con los que se han suscrito por trimestre: estos seguirán recibiendo el periódico, á pesar de esta variacion, al precio que han satisfecho, hasta cumplir el término de sus respectivas suscriciones.*

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS · SEMINARIO BIBLIOGRAFICO DEL SIGLO XIX

En la calle.

Fernando de.... cursa leyes en Madrid. Es un joven alto y bien parecido; está pagado de su persona y cree muy poco en la virtud de las mugeres. Huérfano, rico y arrojado muy joven en medio de esta vida devoradora que se lleva en Madrid, habia perdido esa dulzura de sentimientos, esa ingenuidad, que generalmente no abandona al hombre hasta que ha cumplido treinta años; pero la nobleza de su corazon le habia impedido sumergirse en ese cenagal de vicios en que tantos estudiantes se corrompen. Siempre habia sido aficionado á frecuentar las tertulias de buen tono, le gustaban las mugeres elegantes, cubiertas de seda y de encajes, en una palabra, preferia el oro al fango. Cree en las aventuras misteriosas, galantes, terribles. Las desea, las busca y algunas veces las encuentra. Al menor indicio se exalta su imaginacion; se cree el protagonista de un drama, y se entrega ciegamente á la casualidad.

Pronto hará un año (era entre dos luces) que bajaba por la calle de la Montera, distraido, con un puro en la boca y las manos metidas en los bolsillos de su gaban. Dirige la vista á la acera de enfrente, y ve á una muger bien portada. Su esbelto talle estaba encerrado en un vestido de seda negro. Un velo de encaje cubria su rostro, y una manteleta envolvia sus hombros. Hasta ahora todo es muy natural. Pero el desorden de aquella manteleta escitó la curiosidad de Fernando, quien notó la marcha precipitada y descompuesta de aquella muger. Apretó el paso, acercósele y á través del denso velo, divisó un rostro hermoso, en el que estaba pintada la lucha de las pasiones, y unos ojos negros llenos de fuego, arrasados de lágrimas. Su cabeza se inflama, su imaginacion trabaja y se pone á seguir á la desconocida.

Estábase en el corazon del invierno. Un viento glacial soplaba en las calles. Sin sentir el frio atravesaba la jóven desconocida la ancha calle de Alcalá, y dominada por los pensamientos que agitaban su corazon, no reparó en la curiosidad de Fernando que no habia dejado de seguirla; atravesó el Prado y entró en el Retiro. La noche habia cerrado ya, las estrellas alumbraban el firmamento. La luna, suspendida en el horizonte como una lámpara fúnebre, subia poco á poco. Los árboles del Retiro, despojados de sus hojas elevaban sus parduzcos troncos que el viento agitaba. Un silencio aterrador reinaba en todas partes. ¿Que iba á hacer aquella débil y desconsolada muger en un sitio del que la oscuridad y el frio habian alejado á todo ser viviente? Aquel sitio no podia haber sido elegido para una cita amorosa. ¿La conducia á él una causa criminal? ¿Era en fin una desgraciada, que, demasiado débil para soportar el peso de los dolores que la sociedad le habia impuesto, iba á refugiarse en los brazos de la muerte? Acercose á la fuente *chinesca*, y con voz parecida al grito del marinero desesperado que se sumerge en el Oceano, exclamó: Dios mio, compadeceos de mí! Estendió los brazos é iba á arrojarse al agua.

Pero Fernando se hallaba á su lado. La detuvo por la cintura y la atrajo á sí con violencia. La desconocida se volvió, y al ver al jóven le dijo:

—Triste favor es el que V. me hace, salvándome una vida que no puedo conservar.

—Pienso, señora, que solo los hombres deben matarse. Pero una muger jóven, añadió, con ese acento, con esa voz que sale del corazon y que va al corazon, no tiene siempre un padre, un hermano, un amigo que puede defenderla y socorrerla?

—Si yo hubiese tenido un hermano.... que me hubiese comprendido, que hubiese querido arriesgar su vida por mí, no me encontraria en este sitio, ni hubiera elegido esa agua por confidente y por refugio.

—Hable V., ábrame V. su corazon. Yo defenderé á V., yo la protejeré; seré un hermano, un amigo.

—Acepto su generosa oferta de V., dijo la jóven. En sus manos de V. pongo mi vida y mi honor. Mañana, á las diez, iré á su casa y me creeré tan segura, como si estuviera en la de un hermano. ¿Su nombre de V.?... ¿Las señas de su habitacion?...

Fernando le dió una targeta.

—Déjeme V., añadió tomándola; exijo de V. que no me siga. He venido sola para morir, y sabré salir para vivir. Hasta mañana.

Al dia siguiente Fernando se levantó muy de mañana. Mandó encender la chimenea, se vistió elegantemente, y esperó con impaciencia á la hermosa desconocida.

A las diez, llamaron ligeramente á la puerta. Abrió y la desconocida entró. Estaba conmovida; la energia nerviosa que la sostenia el dia anterior habia desaparecido enteramente. Sentóse en el sillon que Fernando le presentó, y empezó, ruborizada, la siguiente relacion:

—El paso que doy autoriza á V. para formar de mí una opinion muy poco ventajosa.

Fernando inclinó la cabeza y murmuró algunas palabras respetuosas.

—No procuraré disculparme. Soy la marquesa de.... estoy casada y amo á un hombre que no es mi marido. No hablaré á V. de remordimientos: soy culpada, lo sé, lo conozco, delante de Dios y de los hombres. No referiré á V. las circunstancias multiplicadas que insensiblemente me han arrastrado al precipicio; pero si diré que las congojas del crimen, la amargura que se encuentra siempre en los placeres culpables, el temor continuo de ser descubierta y deshonrada; todo esto es nada en comparacion del castigo despedazador que me estaba reservado. El hombre á quien se lo habia sacrificado todo, creencias, honor, estimacion; el hombre á quien miraba como un ídolo, á quien dirigia mi culto, y en cuyos brazos creía encontrar siempre un refugio.... Ah! mis lágrimas corren y ahogan mi voz. Ese hombre era un estafador, un jugador, un infame.... Me pidió una cantidad exorbitante; no pude reunirla, y me amenazó con entregar á mi marido las cartas que le habia escrito si no se la daba. Juzgue V. cuál seria mi desesperacion.... Le eché en cara su bastardo proceder, y se riyó de mí. Le llamé vil, y me contestó con un epiteto, que el mas grosero de los manolos no daria á su manceba, añadiendo; Si pasado mañana á la una no tengo en mi poder lo que le he pedido á V., las cartas serán entregadas á su marido; y si esto no le parece aun bastante, las publicaré en un periódico en forma de novela, porque son muy interesantes.

Indignada de tanta audacia y perversidad, le dije que encontraria un vengador: V. es huérfana, me contestó, y pasará por lo que yo quiera.

Esta es la causa que me precipitó en la desesperacion de la que V. me sacó. Mi suerte está en manos de V. ¿Comprende V. lo que yo espero?...

—Tendré esas cartas. Y no tema V. por mí: ese hombre no es valiente: dentro de dos horas estaré de vuelta.

—No he acabado. Lo que me falta decir es muy delicado. Lo encerraré en una sola palabra que, aseguro á V., he meditado detenidamente: *seré siempre su hermana*!

—No me haga V. la injuria de creer que pongo precio á mis servicios.

—No, contestó la marquesa de....; adios, hermano.

Le apretó la mano contra su corazon, y salió despues de haberle dado el nombre y las señas de su amante.

Fernando estaba enamorado. Se apresuró á ir á la calle de Carretas. Llevaba su caja de pistolas; subió á casa de Carlos Alonso, á quien encontró al lado de una mesa cerrando un paquete que contenia cuando menos cincuenta cartas. Era un joven elegante, buen mozo.

—Caballero, le dijo Fernando sin saludarle y con altivez, y dejando al mismo tiempo las pistolas en la mesa, mucho me alegro de que haya V. cerrado ese paquete.... Tenga V. la bondad de entregármele.

El tono frio y sardónico de Fernando sorprendió á Carlos y esclamó:

—Con qué derecho viene V. á hablarme así en mi propia casa?

—Con el derecho de un hombre que desprecia á V. y que le aborrece; que le manda le entregue esas cartas de parte de la marquesa de.... y que le matará á V. si no le obedece. El que ha especulado vilmente con la vida de una muger, con su amor, con su honor, y que la ha insultado groseramente, no está en estado de mirar á la cara á un hombre. Lo conozco en su palidez de V., en su temblor. Devuélvame esas cartas, si desea conservar la vida.

Estas palabras ardientes y enérgicas habian aterrado al jugador, quien entregó las cartas á Fernando sin desplegar los labios.

—Falta alguna?

—Ninguna.

—Está bien.

Fernando salió, y media hora despues se hallaba al lado de la marquesa.

—Tome V. sus cartas, le dijo temblando.

—Gracias, contestó la infeliz muger. Ar-

rojólas á la lumbre, y al ver que la llama las devoraba: Adios, esclamó, última huella de un amor criminal, que me hubiera perdido, si V., Fernando, no me hubiese defendido. Le agarró la mano, é inclinando cariñosamente su frente la apoyó en la de su salvador. El contacto de aquella mano suave y tibia trastornó la cabeza á Fernando, quien abrazó á la marquesa, é imprimió en sus labios un beso ardiente.

Sorprendida, le miró al pronto con cólera, y con cariño en seguida, diciéndole: V. me ama, pobre joven! Su corazon se ha inflamado locamente. V. no quiere, ni puede ser mi hermano. ¡Una muger no ha de tener un amigo!... Por V. daria yo mi vida; pero V. no conoce el corazon de la muger, si cree que, despues de lo que he pasado, y de lo que yo le he referido, puede V. ser mi amante.

La marquesa desapareció. Fernando se fué á su casa, donde por espacio de dos dias le devoró una fiebre ardiente, al cabo de los cuales volvió á la de la marquesa, donde le dijeron que habia marchado con su marido á Galicia con intencion de no volver á Madrid.

Fernando cree actualmente en la virtud de las mugeres, y ama todavia á la marquesa de....

Un imposible.

(*Novela original.*)

Coronaba el sol la selva que termina al poniente la estensa llanura donde se halla situado el pueblo de N. en el reino de Sevilla. Las sombras de los árboles se prolongaban, y oscurecian la mitad de aquella hermosa llanura, mientras la otra mitad se veia bañada por los rojos rayos del moribundo astro del dia, los cuales, reflejándose en las nubes que se aglomeraban al oriente, las pintaban de intenso color de púrpura, dando á toda aquella parte del cielo y campo que se confundia con él en los apartados confines del horizonte el aspecto de un dilatado incendio. Los árboles ya medio despojados de su verde adorno, el color amarillento de las escasas hojas que aun pendian de las ramas, el abundante rocío que empapaba la tierra y esparcia por el ambiente una frescura que hacia apetecible el abrigado hogar, todo manifestaba que se habia llegado á aquella época del año en que las escarchas y aquilones vienen á entristecer la naturaleza, no libre sin embargo todavia de la dulce influencia del astro benigno que con su ardor daba poco antes movimiento y vida á todo lo criado. El templado clima de Andalucia que aun en lo mas riguroso del aterido invierno no abre sus puertas á los furiosos hijos del Norte; conservaba todavia bastantes galas al campo, y al aire suficiente dulzura para convidar á disfrutarlas en agradables paseos.

Esto es lo que en una tarde del mes de octubre de 1823 habia salido á hacer el cura párroco del pueblo de N., llamado D. Anselmo. Distraido con sus meditaciones, no habia echado de ver que se acercaba la noche; y ya empezaba á oscurecer, cuando llegando á internarse en la selva conoció que se habia adelantado demasiado. Pensando ya en retirarse, oyó algunos gemidos que le hicieron volver la cabeza hácia el lado de donde venian; y al pie de una encina vió á un joven soldado que á guisa de herido estaba postrado y casi exánime. Una levita de paño ceniciento, con cuello encarnado y vivos amarillos, y un chacó cubierto con funda de hule constituian su uniforme; llevando solo por arma un sable colgado de un blanco y acharolado tahalí. Coligió el sacerdote que acaso seria algun licenciado que regresando á su tierra y agobiado por el cansancio, ó maltrado por ladrones, habia caido en aquel lastimoso estado. Acércase movido de compasion, é inquiere de él la causa de su pena. Al oir su voz, el soldado vuelve los desmayados ojos, y apenas ve al sacerdote cuando lleno de pavor intenta levantarse; mas vuelve á caer á poco trecho.

—¿Qué me quereis? eslama entonces. ¿Veneis á aprisionarme? Llegad: fácil os ha de ser ahora que ni siquiera me queda la suficiente fuerza para sacar mi acero y traspasarme con él.

Estremeciose D. Anselmo al oir tan insensatas palabras: "¿Qué es lo que decis, desesperado joven? responde. El traje que llevo debe ahuyentar de vos todo recelo. Soy ministro de paz: si teneis penas, hablad, yo las alivia-

ré: si el cansancio, ó lo que temo mas, alguna grave herida os tiene asi postrado, hallareis en mí cuantos socorros la humanidad reclama, y puedo en mi situacion suministraros."

—«No estoy herido, contestó el soldado. El cansancio, la necesidad, mi malhadada estrella, me ha hecho detenerme en este sitio, donde ya esperaba la muerte, y con ella el término de mis males. Retiraos; que si os digo quien soy, acaso esa piedad que me manifestais se trueque en horror, y me entregueis vos mismo á los crueles enemigos que me persiguen.»

—«Ya lo adivino, dice el anciano. En estos tiempos calamitosos de discordias civiles, vuestro traje indica que perteneceis al número de los vencidos. Mas ya os he dicho que soy ministro de paz. Sean cuales fueren vuestras opiniones, yo no veo en vos mas que un desgraciado. Venid, seguidme con confianza; y mi casa os acogerá bajo su techo hospitalario, dandoos á un mismo tiempo descanso y proteccion."

—«Hombre generoso, replica el militar, en vos reconozco el verdadero ministro de una religion piadosa y consoladora. A vos me entrego, venerable anciano; y creed que no encontrareis en mí un corazon ingrato á vuestros beneficios.»

Acercóse á él D. Anselmo y le ayudó á levantarse, lo que consiguió no sin esfuerzo; pues era tal la debilidad del joven, que apenas podia tenerse en pie. Apoyado en el anciano, fue caminando poco á poco hasta llegar al pueblo; y sin ser vistos de nadie, por ser ya cerrada la noche, entraron ambos en una casita inmediata á la iglesia, que era la de D. Anselmo.

Hallábase alli esperando, para la acostumbrada tertulia, el cirujano del pueblo; y examinando al soldado, conoció que lo que necesitaba era descanso y alimento. Mandó, pues, que le diesen algun refrigerio, ligero por entonces, y que en seguida le procurasen el beneficio del sueño: lo cual se hizo con tal amabilidad, que el infeliz empezó á ver abiertas las puertas de la esperanza, sonrió á sus bienhechores en señal de agradecimiento, y en limpia y bien mullida cama se entregó plácidamente á un descanso que no disfrutara hacia ya dias, olvidando entre agradables sueños las penas que le atormentaban.

Las diez de la mañana serian cuando abrió los ojos, y el primer objeto que vió fue al sacerdote que se hallaba al lado de su cama mirándole con el mas tierno interés. El buen anciano le dirigió al punto algunas espresiones cariñosas, de aquellas que valen mas que los mas ricos tesoros ofrecidos con toda la insolencia del orgullo. Sentose en seguida al lado de la cama, y se puso á contemplar con mas atencion á su huesped.

Era este un joven de al parecer diez y nueve años: apuntábale un ligero bozo, sombreando ligeramente su tez, que aunque tostada por el sol, manifestaba ser naturalmente blanca. Los ojos sin embargo eran negros, y brillando al traves de un espeso velo de melancolia, descubrian una alma ardiente que facilmente se dejaba arrastrar á pensamientos lúgubres é imagenes funestas. La palidez de su rostro y la suma movilidad de sus facciones daban á todo su semblante una espresion particular que demostraba sensibilidad profunda y carácter inquieto y bullicioso. Por otra parte, á pesar de que le habia visto con un simple uniforme de soldado, no podia menos de creerle de distinguida familia; pues sus modales, su modo de espresarse, y la nobleza que traslucia en todos sus movimientos, le hacian superior á lo que aunciaba su traje. El perspicaz anciano ya inferia lo que podria ser; y habiendo dirigido la vista á la levita que se hallaba sobre la cama, adquirió en los botones de ella la certeza de lo que imaginaba. El joven que reparó en el movimiento del cura, y adivinó la idea que le ocupaba, dijo al punto:

—«Conozco que deseais saber quien soy, y la causa de haberme hallado en tan lastimoso estado. Esos botones os habrán revelado ya una parte del secreto. Sí: soy de los milicianos de Madrid. Con esto solo habreis ya comprendido casi toda mi historia. A vuestros oidos habrá llegado la rendicion de Cadiz y el anatema fulminado contra todos los que pertenecieron al partido liberal. Incauto yo, y deseando volver al seno de mi familia, rehusé quedarme en aquel pueblo hospitalario, y partí á pocos dias de concluido el sitio con otros compañeros de infortunio. ¡Imprudentes! ¡Cuán pronto nos arrepentimos de nuestra fatal confianza! Pensábamos caminar entre un pueblo de hermanos, y solo hallamos por donde quiera enemigos encarnizados. El uniforme que llevába-

mos era la señal que animaba á todos á nuestro esterminio. En breve algunos lo trocaron por los andrajos de la miseria; otros que no hallaban siquiera este recurso, iban con él á poblar las mas oscuras mazmorras; otros en fin, mas animosos, lo defendian con el arma que les quedaba. De estos últimos fui yo; pero no pudiendo resistir á la fuerza, nos vimos en la precision de dispersarnos. Pasaron ya dos dias desde que huyendo de las gentes, vagaba por los parages mas desiertos, cuando ayer caí sin fuerzas á la entrada del cercano bosque al tiempo que llegasteis. A vos debo la vida, virtuoso sacerdote; y despues de este primer beneficio espero del alma compasiva y generosa que manifestais, que no me entregareis á mis crueles perseguidores.

—«¡Yo entregaros! respondió el anciano. Aun cuando fueseis un criminal digno del último suplicio, bastaria que hubieseis tocado al umbral de mi casa, y que yo os hubiese admitido en ella bajo mi proteccion, para ampararos y defenderos. Pero no quiera el cielo que yo confunda con los delitos de que justamente abomina la sociedad, las consecuencias de las contiendas civiles. Desechad, pues, todo temor, ¡oh desgraciado joven! Esta mansion os servirá de asilo; y aquí vivireis tranquilo, libre de persecuciones, hasta que el cielo os conceda volver seguro y sin zozobra al seno de vuestra familia.»

Dificil seria describir todo lo que esperimentó el jóven al oir tan filantrópico discurso, ni los estremos de gratitud que hizo ante el buen sacerdote. Este, que solo atendia al mas pronto restablecimiento de la salud de su huesped, le impuso silencio y tranquilidad, y le dejó para que siguiese descansando.

A pocos dias ya habia recobrado el madrileño su salud y sus fuerzas, y á par de ellas, su gallarda presencia, que realzada con el aseo de la ropa que le proporcionaron, inspiraba á su favor un interes irresistible. Para evitar sospechas, y ponerle á cubierto de toda persecucion, quiso el cura que se hiciera pasar por sobrino suyo y variase hasta su nombre. Llamábase D. Cárlos de Aguilar y pertenecia á una familia de Madrid distinguida y acomodada. Su padre que siendo joven siguiera la carrera de las armas, se habia retirado despues de la guerra de la independencia con el grado de coronel, y vivia pacíficamente en la corte, cuidando solo de la educacion de su hijo, único que le habia quedado de un matrimonio harto desgraciado por los estravíos de su juventud. Queria Don Patricio (que así se llamaba) entrañablemente á su hijo; mas este cariño le perjudicó acaso por la escesiva libertad en que le dejara.

Demetrio Ortiz, tal es el nombre que por consejo de su bienhechor tomó el madrileño; con él, y bajo la salvaguardia del supuesto parentesco, empezó á tratarse con las gentes del pueblo; el cual, si bien era de corta estension, gozaba de un clima benigno y de al rededores deliciosos.

Mientras recibia Carlos contestacion á una carta que habia escrito á su padre para saber la determinacion que debiera tomar en aquella circunstancia, recorria en compañía de D. Anselmo aquellos al rededores siempre amenos, aunque por la estacion no se ofrecian con todas las galas que solia el florido mayo derramar en ellos. Llegaron un dia á un cercado de pitas y nopales en cuyo recinto veian alzarse gran cantidad de toda clase de árboles mezclados y confundidos sin ningun órden aparente. Allí el plátano estendia sus anchas ramas sombreando con ellas el granado de rojas flores y la preciosa adelfa. El sauce lloron dejaba caer sus largos y flexibles vástagos por entre las movibles hojas del oloroso acacia; y por encima de todos descollaban con sus cónicas copas el arbol de Alcides y el siempre verde ciprés.

—«Sin duda, dijo el madrileño al cura, habeis formado aquí algun delicioso pensil, á cuyo cultivo dedicais las horas que os deja libres el egercicio de vuestro sagrado ministerio.»

—«Sí, respondió el sacerdote; treinta años há que esta pequeña grey fué confiada á mi cuidado; y otros tantos que cuido de adornar este sitio donde uno tras otro vienen á descansar los que alimento aquí con la palabra divina. Seguidme y vereis el delicioso pensil que imaginais; y donde con efecto vengo muy á menudo á meditar sobre el paradero que tienen todos los proyectos de los hombres.»

Dieron una vuelta, y llegaron á una puerta delante de la cual habia una cruz. «¿Qué veo? exclamó Carlos. ¿No es este el cementerio?»

—«Sí, contestó el cura. ¿Que os admira? ¡Estrañais que sea este el cementerio porque no veis en él un terreno árido, abrasado por los rayos del sol, sin que una sola rama le defien-

da de sus ardores, y cercado de cuatro tapias donde en largas filas simétricas están distribuidos los nichos que encierran los últimos restos de los humanos? No, amigo: no he querido que el aspecto de este sitio inspirase las ideas lúgubres que suelen entristecer el alma en estas moradas de la muerte. Una dulce melancolía, un respeto religioso, son los únicos sentimientos que en ellas convienen. En medio de estos árboles la idea del morir no es tan terrible; y aquí la imaginacion, en vez de representar los horrorosos tormentos del abismo, no piensa mas que en las delicias del Eden.»

(*Se continuará.*)

Poesía.

ERA UN SUEÑO.

Hay una hermosa edad llena de flores,
en que late sin pena el corazon:
mágica edad de ensueños y de amores
en abismos perdida de ilusion.
Hay otra edad, en que la tez plegada,
cansado el corazon de padecer,
solo se agita el alma lastimada
con los recuerdos pálidos de ayer.
Así pasó por mi gastada vida
aquella edad de venturoso afan!...
vida de calma por mi mal perdida,
¿dónde tus glorias y tu amor estan?
No soy ya el niño que feliz se agita
con vértigos de tímida pasion;
mi frente se arrugó y está marchita,
y marchito tambien mi corazon.
Ya no es la flor garrida, que se mece
fresca y lozana en plácido pensil:
es el vástago seco que perece
pasadas ya las auras del abril.
¿Qué os habeis hecho, cándidas ficciones
de aquella hermosa y peregrina edad?
mas valen vuestras blancas ilusiones
que esta helada y funesta realidad.
Bellezas ideales, mal veladas
en ténue gasa y trasparente tul,
blancas cual las espumas agitadas
sobre las olas de la mar azul!
Castas visiones de divina esencia
que alimentábais mi infantil error,
volved con vuestra cándida inocencia,
con vuestros sueños de tranquilo amor!
Volved, ay! como entonces seductoras
á calmar de mi pecho la inquietud,
y no os lleveis las apacibles horas
de tanta pura y celestial virtud.
Aquello no era amor y no era calma,
dulce esperanza ni fatal temor....
era un vago deseo que en mi alma
flotaba como trémulo vapor.
Mas luego; ay triste! condensado y frio
de su atmósfera pura descendió,
y trocado en maléfico rocío
en el lodo del mundo se impregnó.
Era un sueño no mas... se hinchó mi pecho
respirando una atmósfera letal,
y en humo al despertar hallé deshecho
mi trasparente alcázar de cristal.

A. G. Gutierrez.

Crónica.

COMEDIA NUEVA. Se ha leido á los actores del teatro del Príncipe una original de un ingenio acostumbrado á los triunfos escénicos, titulada *El pelo de la dehesa*. Se ejecutará á beneficio del primer actor *Don Juan Lombia*, para quien ha sido espresamente escrito el papel de protagonista.

AVENTURAS DE UNA NOCHE. Con este título se ha leido á los mismos actores una comedia original en tres actos, de la que se nos ha hablado ventajosamente, y parece que se ejecutará á la mayor brevedad.

DON ALVARO DE LUNA, drama original en cinco actos y en variedad de metros, que se está ensayando en el teatro del Príncipe, para ejecutarse á fin de este mes ó á principio del próximo febrero, á beneficio del primer actor *Don José Garcia Luna*. Hemos tenido ocasion de leer esta composicion y le presagiamos un éxito brillante.

LAS PILDORAS DEL DIABLO. Este es el título de una comedia de magia que acaba de representarse con entusiasmo en el teatro de Zaragoza.

DOÑA EUGENIA GARCIA, hija de la célebre Loreto, dama de cantado que ha sido en los teatros

de esta corte, está ajustada de primera tiple en el teatro de la *Opera cómica* de Paris. Hizo su primera salida con la opera titulada *Eva*, y fue recibida con entusiasmo. Todas las noches recoge nuevos laureles, que los periódicos de aquella capital embellecen estraordinariamente con articulos laudatorios.

TEATRO DE LA RENAISSANCE DE PARIS. Se está representando el drama de Federico Soulié, titulado *La Clotilde*, que se estrenó en el teatro frances, donde obtuvo un éxito mediano; pero ha sido completo el que ha tenido en el de la Renaissance, y se atribuye á la buena ejecucion por parte de Madama Dorval, cuya actriz, que es la verdadera intérprete del drama moderno, concluye con las representaciones del mencionado drama su contrata en dicho teatro.

—El 19 del corriente, se ejecutó en el teatro de *Variedades* de la misma capital, la comedia nueva, titulada *C' est la foi qui sauve.*

TEATRO DE VALENCIA. Se va á poner en escena la comedia de don Francisco Martinez de la Rosa, titulada *La boda y el duelo*; y la pieza en un acto *A muertos y á idos ya no hay amigos*, ó *Las confesiones dificiles.*

TEATRO PRINCIPAL DE CADIZ. El 15 del actual se ejecutó el escelente drama de don Antonio Gil y Zárate, titulado *Rosmunda*, cuyo éxito correspondió á la gran reputacion de su autor.

TEATRO FRANCES. El 15 del actual se celebró en dicho teatro el aniversario del nacimiento de Moliere, ejecutando *Tartufe* y el *Enfermo de aprension.* Los papeles de estas dos obras fueron desempeñados por las primeras notabilidades, y el resto de la compañía asistió á la ceremonia, que terminó con la coronacion del busto de Molière.

TEATRO DE MURCIA. Se ha ejecutado un drama nuevo original y en prosa y verso, de don Alejandro Mayoli y Enderiz, titulado *El conde de Egmont.* Segun vemos en *El amigo de los labradores y del pueblo*, periódico que se publica en aquella capital, el autor fué llamado á la escena en medio de los aplausos del público. Aconsejamos sin embargo al señor Mayoli, que busque para los argumentos de su drama otras páginas de nuestra historia, mas brillantes que las que para esta produccion ha esplotado. Cuando hay en nuestras crónicas tantos y tan hermosos rasgos de heroismo y de gloria, ¿á qué presentar los que de cualquier manera nos desfavorecen? La comision dramática de censura del año 1838, al desechar el *Roberto d'Arteweldе* que gira sobre el mismo asunto, comprendió perfectamente esta idea, que estaba en sus obligaciones, como amante de las glorias de su pais.

Deseamos que el autor acepte estas razones sin darlas otro valor que el que en si tienen, y que procure aprovecharlas, ya que está dotado de tan escelentes facultades para seguir esta carrera espinosa.

TEATRO DE SEVILLA. Se va á ejecutar la opera nueva, titulada *doña Ines de Castro.* En el último acto se estrenará una magnífica decoracion del género de neorama, obra de don Diego María del Valle, representando un panteon gótico: para conseguir la total ilusion optica, se ocultarán las luces de la lucerna al aparecer la decoracion.

ANFITEATRO OLIMPICO DE MALAGA. Estan trabajando pocos dias hace en esta ciudad los señores Paul y Ratel con su compañía de equitacion, la que, segun tenemos entendido, pasará en breve á Madrid.

TEATRO DE LA CRUZ. La noche del viernes último se estrenó en este teatro la ópera en dos actos de don Baltasar Saldoni, titulada *Cleonice, regina di Siria.* Esta composicion ha parecido generalmente bastante inferior á la *Ipermestra*, ópera del mismo maestro: sin embargo el Sr. Saldoni fue llamado á la escena concluida la funcion y recogió tres coronas que le arrojaron de un palco y de la galería. Esta muestra de aprobacion hubiera sido mas *oportuna*, y con mas justicia podria apreciarla el Sr. Saldoni, si la hubiese recibido en la noche de la segunda representacion de su ópera, porque.....

TEATRO DE BUENA-VISTA. En la misma noche se ejecutó á beneficio del Sr. Fuentes, primer actor de la compañía dramática, la comedia original, en tres actos y en verso, titulada *Me quiero casar*, segunda produccion de don Ignacio García Ontiveros. El público aplaudió en todo el curso del drama, pidiendo á su conclusion el nombre de su autor. La versificacion de esta comedia, no deja de ser fácil y armoniosa. Lástima es que no haya sido mejor desempeñada por los actores, pues á escepcion de la Sra. Torres y el Señor Fuentes, todos estuvieron mas que desgraciados.

LOS CANTORES BEARNESES EN WATERLOO. El 14 del actual los 40 cantores montañeses que han trabajado en Paris y que continuan su peregrinacion, han ido á Waterloo para celebrar una funcion fúnebre en memoria de los franceses muertos en la batalla del 18 de junio de 1815. El cura de Waterloo esperaba á los piadosos peregrinos, de los cuales dos se habian recojido en su casa para celebrar la primera comunion. Una multitud inmensa acudió de todas las inmediaciones para asistir á la ceremonia. El cura echó un guante entre los asistentes, con cuyo producto quiso obsequiar á los cantores de los Pirineos, quienes se negaron á admitirle, suplicándole que le repartiese entre los pobres del pueblo: acto continuo fueron donde se halla colocado el monumento, y al pie del colosal leon cantaron un himno fúnebre compuesto espresamente con este objeto.

MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

calle de Segovia, n. 6.